

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (ED.): *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*; McGraw Hill Interamericana de España/Cantabria University Press, Santander, 2011, 441 págs.

Dedicado a la memoria de Reinhart Koselleck (1923-2006), este volumen recoge las colaboraciones de trece profesores e investigadores de varias universidades europeas y americanas sobre la *Begriffsgeschichte* de Koselleck, en las que someten a análisis y crítica la aportación de éste a la historia de los conceptos y proponen, en algunos casos, perspectivas y métodos alternativos o complementarios. El editor del volumen, Javier Fernández Sebastián, señala en su introducción que la semántica histórica se puede beneficiar de la contribución de distintas disciplinas académicas y que, como la interdisciplinariedad de la investigación histórica de los conceptos se ha hecho presente en cualquier ámbito de conocimiento, la historia de los conceptos tiene mucho que aprender de muchas otras disciplinas. Algunas de las colaboraciones de este volumen inciden precisamente en esta cuestión.

El volumen está dividido en tres partes. La primera parte incluye contribuciones sobre el lugar de la historia de los conceptos en el conjunto de las disciplinas académicas con las que guarda una relación. La segunda parte se ocupa fundamentalmente de distintos aspectos de la dimensión temporal del lenguaje político y la tercera parte se centra en algunos aspectos de la semántica de la modernidad (el concepto de poder, las formas de individualización, la iconología de la muerte y el fenómeno de la aceleración histórica).

De los cuatro capítulos que integran la primera parte, el de Hans-Erich Bödeker (Investigador del Instituto Max Planck de Historia en Göttingen hasta 2006 y posteriormente del Instituto de Historia de la Ciencia en Berlín hasta 2009) ofrece una apretada síntesis de las tesis y métodos fundamentales de Koselleck: los conceptos como expresión de las experiencias y de los cambios sociales, así como indicadores de los límites de lo que puede ser concebido; la diferencia existente según Koselleck entre la *Begriffsgeschichte* y la historia de las ideas tradicional; y el uso en la *Begriffsgeschichte* del análisis sincrónico de la historia social y del estudio diacrónico, interpretando

los estratos de significado de los conceptos de larga duración. Pero el objetivo de la colaboración de Bödeker se centra especialmente en la relación entre la historia de los conceptos y la historia de la teoría, haciendo una propuesta que enlaza la historia de los conceptos con la historia de los procesos teóricos de construcción de los significados. Los conceptos, como cristalizaciones del discurso o del pensamiento, necesitan ser interpretados pues son inevitablemente ambiguos. Por ello entiende que el proceso de producción del significado trasciende los simples conceptos individuales y convierte en necesario el análisis de los campos semánticos y las redes conceptuales que estructuran el conocimiento posible, y en las que los conceptos están insertos. Su propuesta de construir una historia del conocimiento social más amplia y abarcadora parte del reconocimiento, hecho por el propio Koselleck, de que con el tiempo había transformado el método de la historia de los conceptos formulado para el Diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* (abandono, por ejemplo, del concepto de *Sattelzeit* o período puente en el que los conceptos conocieron un proceso de transformación radical, que para el caso alemán Koselleck había establecido entre 1750 y 1850; y cambio asimismo en el concepto del concepto, pues antes el concepto se había entendido como un mero reemplazo de la noción tradicional de la idea). En esta ampliación de la historia de los conceptos Bödeker aspira a que la *Begriffsgeschichte* investigue también las precondiciones epistémicas involucradas en la construcción lingüística de la realidad, es decir, que se desarrolle en la línea de una historia de la teoría.

También Elías José Palti (Universidad de Quilmes y de Buenos Aires) se centra en un aspecto del que la *Begriffsgeschichte* no se había ocupado: la cuestión del origen de la contingencia de los conceptos. Considera efectivamente que la *Begriffsgeschichte* había destacado la historicidad de los conceptos, pero había dejado fuera de su análisis por qué los conceptos cambian. Y de la mano de Hans Blumenberg encuentra que el estudio de las metáforas, de los mitos u otras expresiones de lo no conceptualizable permiten explicar por qué los conceptos no pueden fijar nunca de manera estable su contenido semántico. La visión de la temporalidad que se introduce con las metáforas permite aclarar lo que la *Begriffsgeschichte* ni siquiera se había preguntado. Si los conceptos cambian, si nunca estabilizan su contenido semántico, no es porque haya cambios históricos –un postulado que implica a su vez que la contingencia es en sí misma contingente, es decir, que es algo que podría no ocurrir, y que, si nadie introdujera cambios, podrían seguir sin cambiar–; es más bien al revés: los conceptos no pueden fijar un contenido estable porque cambian, sino que cambian porque las construcciones intelectuales nunca pueden fijar sus contenidos semánticos. Palti considera que esta visión radical de la historicidad de los conceptos, que percibe la contingencia

como una dimensión inherente a la historia intelectual –no siendo por tanto un resultado de la historia social– es una visión que la *Begriffsgeschichte* no puede pensar dentro de sus propios términos y que abre la puerta a la teoría de la no conceptuabilidad de Blumenberg. De esta manera, una teoría que describe cómo los conceptos cambian a lo largo de la historia podría y debería describir también por qué cambian los conceptos (por qué no pueden fijar sus contenidos)

El capítulo de Michael Freeden (Universidad de Oxford) está dedicado a la relación entre ideología y la historia de los conceptos. Analiza los sentidos que ha tenido la ideología, diferencia los distintos enfoques existentes a este respecto y sugiere que los historiadores de los conceptos podrían utilizar la ideología como una herramienta analítica para el estudio de la interacción entre conceptos, en vez de limitarse al estudio de conceptos aislados. Su contribución desemboca también en una propuesta de ir más allá de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck. Esto reportaría un doble beneficio: por un lado, el estudio de la ideología permite ofrecer diacrónicamente cómo un concepto concreto está situado en un nodo a través del cual se mueven conceptos complementarios e interconectados, yendo más allá de esta manera del estudio de los conceptos aislados que ha caracterizado a la *Begriffsgeschichte*; por otro, el estudio de las ideologías puede mostrar, frente al carácter lineal de la *Begriffsgeschichte*, que algunos conceptos siguen caminos paralelos, con lo que pueden tener múltiples vidas o significados al mismo tiempo.

La aportación de Peter Burke (Universidad de Cambridge) versa sobre la «historia cultural de las prácticas intelectuales», una tendencia creciente en Estados Unidos y Gran Bretaña sobre todo, y la propone como una tercera vía junto a la *Begriffsgeschichte* de cuño alemán y a la «intellectual history» practicada en lo que denomina el «eje Baltimore-Cambridge» (John Pocock y Quentin Skinner y sus seguidores). Esta su tercera vía está más próxima a la historia cultural tal como se practica actualmente, que él entiende, por otra parte, como algo más que la historia social de las ideas o la sociología del conocimiento con otro nombre, estando más cerca de lo que se ha denominado «antropología del conocimiento». Para él, las otras dos vías mencionadas están construidas sobre la historia del pensamiento político, mientras que la historia cultural de las prácticas intelectuales se centra en otro tipo de análisis, pues traslada su centro de atención de los textos a las prácticas –prácticas de lectura, de escritura, de investigación y transmisión– que los han producido. En vez del estudio de los textos y discursos pasa a un primer lugar el estudio de los cambios producidos en la investigación en archivos y bibliotecas o en la enseñanza transmitida en las clases universitarias o en los contenidos de los manuales escolares. Un ejemplo que cita de esta nueva historia cultural

es la investigación sobre la Reforma protestante, en la que se sitúa sin duda a Lutero en su ambiente local, en la ciudad de Wittenberg, pero que da cuenta también de la difusión de la forma luterana de protestantismo para mostrar cómo un conocimiento localmente relevante puede convertirse en una verdad de reconocimiento universal (1). Su consideración de que la historia cultural de las prácticas intelectuales puede ofrecer mucho, no le impide reconocer, sin embargo, que su punto débil más importante es la vaguedad incorregible del concepto de cultura.

La primera colaboración de la segunda parte es la de Alexandre Escudier (Centro de investigación política de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París), que arranca de la importancia que Koselleck da a la *Verzeitlichung*, es decir, al proceso de adquisición de una dimensión temporal por parte de los conceptos, es decir, hacer una referencia al tiempo futuro o a los impulsos para construirlo. Escudier señala que en la obra de Koselleck hay implícita una «teoría de la experiencia histórica» basada en la temporalidad, o carácter temporal, de los lenguajes políticos. Después de analizar el proceso de historicación de los lenguajes políticos modernos –lo cual puede favorecer, según él, un diálogo entre la historia y la ciencia política– llega la conclusión de que el proceso de temporalización de los lenguajes políticos constituye sólo un proceso globalizador entre los otros procesos de la política moderna. Y en esa línea propone en su artículo una sistematización de los diferentes procesos del proceso general de la modernidad. De aquí que, en relación con el método de Koselleck, proponga ir más allá, hacia una historia comparada de las semánticas políticas europeas que permita poner la *Begriffsgeschichte* dentro de una articulación global.

Kari Palonen (Universidad de Jyväskylä) desarrolla en su colaboración una visión de Reinhart Koselleck como teórico político. Partiendo de su afirmación de que Koselleck tenía una visión de la política perceptible en sus reflexiones sobre la historiografía y en sus tesis centrales sobre la historia europea y alemana desde la Ilustración hasta el presente, Palonen pretende mostrar que las investigaciones históricas realizadas por el propio Koselleck se pueden leer al mismo tiempo como una contribución al campo de la teoría política. Concretamente Palonen pone en relación la idea de la política de Koselleck con las de Maquiavelo y Max Weber. Él considera que Koselleck entiende la política como una actividad de carácter contingente, algo que caracteriza igualmente la visión de la política en Maquiavelo y en Max Weber. Pero, aun considerando que la caracterización contingente de la política

(1) Remite a Ulinka RUBLACK, *Reformation Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

en ambos clásicos es plausible en Koselleck, precisa que en Koselleck está presente además un tercer concepto de contingencia que permite comprender su visión de la política de una manera más completa. Se trata de la relación entre experiencias presentes y expectativas futuras, y concretamente de la comprensión de la Edad Moderna (*Neuzeit*) como una época en la que las expectativas de futuro se distancian cada vez más de todas las experiencias anteriores. Destaca Palonen que para Koselleck las expectativas de futuro se expresan en términos de «progreso» y «aceleración». Y es en este punto donde él considera que ir más allá del estilo de la historia de los conceptos de Koselleck implica romper con esta interpretación del tiempo que lo vincula a las expectativas de futuro. Palonen piensa, por el contrario, que las experiencias no remiten necesariamente a las expectativas, sino más bien a un horizonte de *chances* abierto, pero limitado. Y esto se puede ver, según él, especialmente en el político, para quien la contingencia del futuro es tan evidente que guiarse por una visión definitiva de un posible futuro tiene escaso valor, ya que el cambio de la situación obliga a revisar las probabilidades de futuro.

Pim den Boer (Universidad de Amsterdam) realiza el quehacer realizado por Reinhart Koselleck desde el proyecto de los *Geschichtliche Grundbegriffe*, ya que ahora la historia de los conceptos es considerada un ámbito académico en varios países y practicada de diferentes maneras en otros idiomas. Destaca asimismo la aportación de Koselleck de que los conceptos no sólo expresan experiencias del pasado y del presente, sino que también formulan expectativas de futuro. Y alaba finalmente que Koselleck convirtiera a la profesión histórica en una actividad con sentido no sólo para los profesionales de cada disciplina de las humanidades sino también para una audiencia no profesional. Den Boer, a la vez que habla de la recepción de Koselleck en Holanda, donde surgió un proyecto nacional para la historia de los conceptos, que arrancó en 1994-95 en el Netherlands Institute for Advanced Study, en un contexto de regreso de la conciencia nacional holandesa a la cima de la agenda de investigación, reconoce al mismo tiempo que la historia nacional de los conceptos tiene una dimensión inevitable de antagonismo. Y por ello propone la práctica de la comparación en la historia de los conceptos y un análisis transnacional de los conceptos, aludiendo a que algunos conceptos como el de civilización o el de fascismo han conocido contenidos muy diferentes en las distintas culturas nacionales. La comparación y el análisis transnacional van de la mano de la importancia del multilingüismo para la historia de los conceptos.

Joao Feres Júnior (Universidad Federal del Estado de Rio de Janeiro) reflexiona sobre las posiciones teóricas, epistemológicas, de Koselleck y discute largamente si es kantiano o hegeliano. Feres Júnior entiende que Koselleck tiene una teoría de la historicidad, una teoría de lo político (basada en

C. Schmitt) y una teoría de la modernización (construida sobre la base del surgimiento de la conciencia histórica moderna). En su capítulo analiza críticamente estas teorías de Koselleck con la intención de ampliar su horizonte intelectual, llegando a considerar que «si se toma la teoría de la modernización de Koselleck como la verdad esencial sobre la modernidad puede convertirse en un inconveniente para una buena investigación: al cometer este error se estaría respondiendo por adelantado a cuestiones que uno sólo debería responder a través del análisis cuidadoso de las fuentes».

Jörn Leonhard (Universidad de Freiburg im Breisgau) hace una propuesta de una semántica histórica que tenga en cuenta las tres dimensiones de la experiencia humana, lo cual requerirá ir más allá de la *Begriffsgeschichte* practicada por Koselleck. Las tres dimensiones de la experiencia humana son: la experiencia primaria de los individuos (una experiencia de carácter único, por tanto), la experiencia repetida (una experiencia que puede ser comunicada entre sujetos), y la experiencia humana generada *ex post facto* (es decir, mediante la reflexión histórica). Para cada una de estas tres dimensiones existe un distinto tipo de relato. Y señala que Koselleck, como historiador, estaba interesado en el proceso complejo de cómo las experiencias individuales –de carácter único– podían transformarse en «historias comunes» mediante la acumulación y la sedimentación de experiencias, incorporando experiencias externas en la estructura de lo individual, y viceversa.

Su afirmación de que cualquier semántica histórica innovadora tiene que tomar en consideración estas tres dimensiones de la experiencia le lleva a la conclusión de que la investigación de la relación entre experiencia y lenguaje necesita ir más allá de la clásica historia de los conceptos en tres niveles: 1) necesita centrarse no en conceptos aislados sino más bien en campos semánticos, en razonamientos que oscilan entre varios conceptos, lugares o metáforas, y en dicotomías básicas del tipo arriba/abajo, externo/interno, pronto/tarde, que sirven para organizar, como estructuras repetitivas, la complejidad; 2) necesita adoptar una perspectiva comparada y de análisis de las transferencias culturales de un ámbito cultural a otro. La traducción es aquí un paradigma para analizar cómo y por qué viajan los conceptos entre las sociedades, cuándo y por qué a veces son traducibles los conceptos y otras veces no; 3) en tercer lugar, la semántica histórica necesita abordar las consecuencias metodológicas y analíticas de la tensión que existe entre el carácter de unicidad de la experiencia histórica y la repetición de experiencias pasadas mediante la analogía histórica. Leonhard señala que el propio Koselleck reconocía que era necesario un *mínimum* de repetición y analogía para aplicar los conceptos viejos a nuevas experiencias, subrayando la importancia de la perspectiva de la *longue durée*. Leonhard considera que lo que, como

fenómeno, es «único» puede ser aplicado a lo colectivo en una comparación sincrónica. Menciona como ejemplo el «liberalismo», del que no hay un concepto universal, sino un abanico de conceptos que se utilizan en distintos argumentos en distintos países. En su artículo, Leonhard aplica el paradigma de la historia de la experiencia a la semántica histórica del concepto ideológico de liberal/liberalismo, entendidos estos conceptos como una expresión que condensa experiencias sociales y políticas acontecidas desde el final del siglo XVIII, fijándose en los cambios diacrónicos del concepto y en la diversidad sincrónica del concepto. De todos modos, las estructuras repetitivas existen, si no como identidades, sí como analogías que son necesarias para integrar nuevas experiencias o incluso rupturas traumatizantes (2).

La tercera parte del volumen se inicia con el artículo de Giuseppe Duso (Universidad de Padua), en el que analiza la *Begriffsgeschichte* y el concepto moderno de poder. Hace un recorrido del concepto «Herrschaft» en el volumen 3 de los *Geschichtliche Grundbegriffe* y formula algunas observaciones críticas a cómo ese concepto ha sido tratado en el mencionado Diccionario. La aportación de Koselleck al mencionado concepto –concretamente las páginas introductorias al concepto *Herrschaft*– es sometida a crítica por Duso, pues afirma que no queda claro cuándo y dónde exactamente hay que colocar el momento preciso del cambio en el que se produce el fin del carácter personal de la sumisión política, debido a una concepción impersonal del poder según la cual uno no está sometido a una personal particular sino a un cuerpo político entero como salvaguarda de la libertad e igualdad del hombre, algo que se ha convertido en dogma para el hombre moderno. (Duso dice que este cambio radical tuvo lugar al comienzo de la edad moderna). En la continuación de la exposición del concepto de «Herrschaft» (realizada por Horst Günther y otros), Duso critica que el autor no es consciente del carácter específico del poder moderno, que, según él, aparece con Hobbes y Rousseau y que se caracteriza por que su legitimación sólo puede provenir de los individuos que se le someten. Y añade que esto le permite al autor considerar a Althusius y a Rousseau como opuestos al «poder absoluto» (3).

Faustino Oncina Coves (Universidad de Valencia) escribe sobre «memoria, iconología y modernidad: un reto para la historia de los conceptos». Y en su colaboración destaca que para Koselleck la historia de los conceptos no debe descansar solamente en el estudio de textos, sino también en el análisis

(2) Véase asimismo Jörg LEONHARD, *Liberalismus. Zur historischen Semantik eines europäischen Deutungsmusters*. Munich 2001

(3) Duso es editor de *Il potere. Per la storia della filosofia politica moderna*. Roma, Carocci Editore, 2009, 3ª reimp., del que existe traducción al español: *El poder. Para una historia de la filosofía política moderna*. México, 2005.

de las imágenes e iconos de las acciones colectivas, con lo que se culmina en una historia de los símbolos. De esta manera no se produciría una separación entre la esfera de la visualización y la de la racionalización. Destaca asimismo que el interés de Koselleck por estas cuestiones está vinculado a su interés por la relación entre «memoria», por una parte, y «monumentos memoriales», por otra. Y señala que este interés está presente en su teoría de la modernización, ya que la velocidad/instantaneidad como rasgo distintivo de la modernidad contribuye precisamente a acelerar las dinámicas de amnesia, cuyas causas habría que encontrar en las revoluciones políticas y en el desarrollo tecnológico. La preocupación de Koselleck por los monumentos históricos formaría, así, parte de una cultura de sensibilización y conservación de la memoria como contrapeso a la vertiginosa velocidad que caracteriza la civilización moderna. Para Koselleck, según destaca Oncina, la interrelación entre semántica e iconografía, cambiante con el tiempo, vendría a cumplir una triple función de instrumentalización, de secularización y de democratización desde los tiempos de la Revolución Francesa. Dentro de la faceta democratizadora, la iconografía de la muerte, plasmada en los monumentos a los caídos y al soldado desconocido, pasa a ser una figura metonímica para la nación entera que, como tal, únicamente se puede entender a sí misma como exclusión, sumisión y muerte de un «otro».

Jacques Guilhaumou (Universidad de Lyon) analiza la temporalidad histórica de las formas de individuación. En su artículo parte de la significación de la «temporalización de la historia» y despliega su investigación sobre el «yo» en la Edad Moderna. A este respecto hace un recorrido por distintos autores de los siglos XVII-XIX (Pascal, Locke, Diderot, Rousseau, D'Holbach, Sieyès, Cousin, Maine de Biran, Michelet).

Javier Fernández Sebastián (Universidad del País Vasco) sitúa su estudio –«Cabalgando el corcel del diablo»– en el contexto internacional de acelerado cambio histórico provocado por la primera ola de revoluciones liberales que tuvo lugar, entre 1776 y 1815, en ambas orillas del Atlántico. Y, más concretamente, en las reacciones manifestadas por las élites hispánicas del momento ante la vertiginosa rapidez con que se sucedían los acontecimientos políticos que convulsionaron las sociedades durante aquel período.

En ese proceso puede constatar el autor la pertinencia de las reflexiones de Koselleck, quien había hecho notar el valor de entender la aceleración histórica como el elemento común denominador en las experiencias de las nuevas generaciones. Constata cómo se dio paralelamente un proceso convergente de cambio socio-político y, al mismo tiempo, de transformación semántica. Este doble y volátil proceso de cambio y crisis causó alarma y ansiedad en las élites sociales de entonces que, frente a la pujanza de los grupos revolucionarios emergen-

tes, sentían perder el dominio de dos recursos políticos esenciales como son el control del sentido del tiempo, por un lado, y del lenguaje por otro. Como ejemplo de esta percepción del doble proceso simultáneo cita a Juan Donoso Cortés, quien, a mediados del siglo XIX, supo captar la crisis del lenguaje y la del tiempo histórico: los revolucionarios, al transgredir los usos semánticos comúnmente aceptados, provocan un cambio completo de los significados.

Es decir, Fernández Sebastián constata los procesos experimentados por los conceptos en el ámbito alemán entre 1750 y 1850 según Koselleck: la dimensión temporal de la política y la politización de los conceptos. En el marco de las revoluciones hispánicas, la temporalización y politización de conceptos políticos, junto a una nueva visión del tiempo histórico como tal, tuvieron lugar cuando, simultáneamente, el impacto de cambio tecnológico estaba transformando los medios de difusión de la palabra oral –con la revalorización de la retórica– y de la palabra escrita –con la extensión de la prensa política a través de periódicos, panfletos, etcétera–. El resultado final consistiría, con la expansión de la opinión pública a través de los debates públicos, en la popularización de términos –representación, soberanía, constitución, igualdad, libertad, etcétera–, cuyo uso había quedado restringido hasta entonces a las selectas élites de la *République des lettres*. No menos importante para el uso de las palabras, éstas adquirieron un sentido más inestable, polisémico y, en algunos casos, deliberadamente más vacío.

También en las revoluciones hispanoamericanas constata asimismo Fernández Sebastián la formulación de expectativas de futuro. Los liberales, republicanos e intelectuales hispánicos participaron asimismo de este sentir general sobre las implicaciones del cambio histórico, cambio exacerbado a principios del siglo XIX por la invasión napoleónica y la subsiguiente crisis de legitimidad política. Así, las expectativas de un futuro mejor, proyectado intencionadamente en un tiempo presente lleno de incertidumbres por los avatares políticos, se plasmaban en todo tipo de manifestaciones artísticas –obras de teatro, ensayos, pinturas, etcétera–. En el caso concreto de España y de las repúblicas de Hispanoamérica, esta misma sensación ante la vorágine histórica provocada por el reciente ciclo de revoluciones recorrió vívidamente la literatura periodística y de costumbres –Toro, Zavala, Mesonero Romanos, etcétera–, durante la primera mitad del XIX. También, la aceleración de los tiempos provocó miedos milenaristas al entenderse, según textos sagrados de la tradición judeo-cristiana, que la condensación del tiempo anunciaba de forma inequívoca la llegada del fin de los tiempos. Señala Fernández Sebastián, no obstante, que se hicieron presentes dos lecturas diferentes ante los mismos acontecimientos de aceleración histórica: una inter-

pretación divina en la que se abrevia el tiempo para llegar al Día del Juicio Final, y otra de carácter secular en la que la modernidad pierde cualquier rasgo escatológico y sirve como base legitimadora de las futuras ideologías progresistas, si bien esta contraposición entre progreso y providencia fue, sin embargo, más aparente que real ya que por debajo de numerosas manifestaciones seculares no era difícil apreciar marcados tonos teológicos. (4)

El avance del siglo XIX muestra, según el autor, nuevos ciclos revolucionarios que estimularon los mismos miedos y ansiedades que, en relación al sentido del tiempo histórico, se habían vivido solamente unas décadas atrás. Paralelamente, el liberalismo como ideología de progreso y perfección perdía preponderancia frente a otros competidores, como la democracia republicana o el socialismo, que se basaban a su vez en diferentes filosofías de la historia. Estas fluctuaciones en el espectro ideológico tuvieron, lógicamente, su traslación al campo semántico, en donde los conceptos eran nuevamente definidos –o, en algunos casos, vaciados de contenido– en atención a los intereses de los actores del juego político.

El libro se cierra con una semblanza personal de Reinhart Koselleck, trazada por Christian Meier, profesor emérito de Historia Antigua en la Universidad de Munich, en la que comenta rasgos personales y profesionales de Koselleck. Meier se refiere a las principales obras de Koselleck: a su tesis doctoral, *Kritik und Krise* (1959), de la que se dijo que podría ser la tesis doctoral alemana del siglo XX más exitosa desde un punto de vista literario; a su escrito de habilitación *Preussen zwischen Reform und Revolution* (1967), una investigación de historia social sobre Prusia entre 1815 y 1848, en la que narra el fracaso de un Estado (desde el punto de vista de sus intenciones esenciales). Un lugar especial en su obra ocupa, según Meier, el ensayo *Die Theoriebedürftigkeit der Geschichte* (La necesidad de la teoría en la historia) (1972), en donde Koselleck aboga por una teoría del tiempo histórico. Y junto a su gran tarea de diseñar, editar y colaborar en los *Geschichtliche Grundbegriffe*, Meier destaca especialmente dos ensayos: *Erfahrungsraum und Erwartungshorizont* (Espacios de experiencias y horizontes de expectativas). De los últimos años de su vida se refiere a la posición de Koselleck en la cuestión de la memoria histórica, respecto a la cual éste cuestionaba la teoría de una memoria colectiva, pues a la pregunta por el sujeto que recuerda colectivamente respondía: es un constructo lingüístico. Señala Meier que Koselleck insistía en el derecho individual de cada uno a una «memoria incambiable» como ingrediente de la dignidad humana, y en este contexto se

(4) Véase asimismo: Javier Fernández Sebastián, «Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos», en: Roger Chartier y otros (eds.), *La Revolución francesa: ¿matriz de revoluciones?* México, Universidad Iberoamericana, 2010, págs. 131-223.

refería al primer artículo de la *Grundgesetz* alemana. Meier acaba su semblanza valorando su extraordinaria honestidad, su sentido de la justicia y su deseo de que se realice la justicia (para los otros).

Como apéndice final del libro, el lector encontrará los objetivos del *European Conceptual History Project*, en el que profesores e investigadores de varias nacionalidades europeas, afrontan la construcción de Europa desde la historia de los conceptos, entendida ésta en su forma ampliada como un cruce de caminos entre lenguaje, historiografía y política. Su perspectiva comparativa y multilingüística la diferencia de otros proyectos de historia intelectual. El proyecto prevé la publicación de libros sobre conceptos como *Civilización*, *Federalismo*, *Estado y mercado*, *Regiones históricas*, *Liberalismo*, *Parlamentarismo* y *Planificación*.

En resumen, el libro ofrece un conjunto de colaboraciones que permiten conocer mejor la obra de Koselleck, sus aportaciones seminales y sus limitaciones, así como propuestas complementarias a su proyecto. Algunas colaboraciones aplican el método de Koselleck a otros casos nacionales. Otras exponen elementos centrales de la *Begriffsgeschichte* que Koselleck planteó y practicó y van más allá. Estas propuestas para una semántica histórica que complemente o reoriente la *Begriffsgeschichte* de Koselleck apuntan a que el análisis se centre no en conceptos aislados sino en redes, a que se tengan en cuenta todas las dimensiones de la experiencia histórica, a que se hagan análisis comparados, transnacionales y multilingües, o que se abra, más allá de los conceptos, a las expresiones lingüísticas de lo no conceptuable (metáforas, mitos). Otras colaboraciones señalan la utilidad que pueden aportar desde otros ámbitos disciplinares (historia de las ideologías, historia cultural de las prácticas intelectuales). En su conjunto es un libro que puede satisfacer a quien quiera conocer más a fondo la obra de Reinhart Koselleck y quiera adentrarse en los caminos por los que se puede ampliar o reorientar su teoría y método de la «historia de los conceptos» (5).

Joaquín Abellán

Catedrático de Ciencia Política
Universidad Complutense de Madrid

(5) Hace unas semanas ha aparecido una edición de esta obra en español, con la inclusión de 3 capítulos nuevos. Véase: Javier Fernández Sebastián/Gonzalo Capellán de Miguel (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia*. Santander, McGraw Hill/Universidad de Cantabria, 2013. Las nuevas colaboraciones son: Gonzalo Capellán, «Los “momentos conceptuales”. Una nueva herramienta para el estudio de la semántica histórica»; Pablo Sánchez León, «Decadencia y regeneración. La temporalidad en los conceptos fundamentales de la modernidad española»; Guillermo Zermeño Padilla, «Sobre la condición postnacional en la historiografía contemporánea: el caso de *Iberconceptos*».